



Mientras que una experiencia de arrepentimiento puede implicar sentimientos contradictorios con respecto a la maternidad, la ambivalencia hacia la maternidad no supone necesariamente sentir pesar por ella. Hay madres que tienen sentimientos ambivalentes pero que no se arrepienten de ser madres, y hay madres que se arrepienten de serlo y no tienen sentimientos encontrados hacia la maternidad.

Preguntas ejes:

- Si pudiera volver atrás, con los conocimientos y la experiencia que tiene ahora, ¿sería madre?
- Desde su punto de vista, ¿tiene ventajas la maternidad?
- Desde su punto de vista, ¿las ventajas compensan los inconvenientes?

Las mujeres que no desean concebir ni tener y/o criar hijos, tienden a provocar lástima y recelo, y son vistas como egoístas, hedonistas, infantiles, deshonorosas, trastornadas, peligrosas y de cordura dudosa. Acompañan profecías agoreras según las cuales las mujeres que renuncian por voluntad propia a la maternidad se condenan a una vida vacía y atormentada, cargada de arrepentimiento y pesar, solitaria y aburrida por la falta de sentido y sustancia.

Aunque la “libre elección” se presenta envuelta en principios de libertad, autonomía, democracia y responsabilidad personal, ese concepto resulta ilusorio porque pasa por alto “ingenuamente” la desigualdad, las coacciones, las ideologías, el control social y las relaciones de poder. Se nos dice que debemos interpretar nuestra historia personal como producto de una elección individual, como si fuéramos las propietarias exclusivas de los derechos de autor sobre el guión de nuestra vida, y sobre cualquier desgracia y tragedia. Así pues, se nos dice eso, pero al mismo tiempo se camuflan normas estrictas, conjuntos de conocimientos morales, discriminaciones y poderosas fuerzas sociales que nos afectan profundamente tanto a las mujeres como a las decisiones que tomamos. El hecho de cuestionar la validez de la “retórica

de la posibilidad de elección absoluta” es de suma importancia en cuanto a la reproducción y la transición a la maternidad: ¿de veras tenemos las mujeres margen de maniobra en las condiciones sociales actuales si nuestra libertad de elección está sujeta en gran parte a prescripciones que nos son dadas? ¿Quiere eso decir que somos libres de elegir lo que la sociedad quiere que elijamos? Parece que mientras tomemos una decisión acorde con la voluntad de la sociedad y las prioridades y roles que nos asigna –como ser madres y consumidoras fervientes, sexualmente liberadas y cuidadosas en una relación sentimental heterosexual-, las mujeres ganamos estatus social como individuos libres, independientes y autónomos que tienen deseos y la capacidad de hacerlos realidad sin ataduras. Sin embargo, cuando nuestras elecciones chocan con las expectativas de la sociedad –cuando nos negamos, por ejemplo, a someternos a los cuidados de belleza o a mantener una pareja sentimental en general y una relación con un hombre en particular-, nos encontramos con un problema. No solo se nos condena por nuestras acciones, sino que además se nos deja solas frente a las implicancias, pues “tú lo has elegido” o “ha sido una mala elección”, cabría añadir.

Para las madres que viven su paso a la maternidad como un acto “automático”, la maternidad les ha sobrevenido sin que hayan sopesado las consecuencias antes ni tenido en cuenta lo que significa o no tener hijos. Ese paso a la maternidad, sin tener en cuenta si se desea o las consecuencias que podría tener para la mujer, no puede considerarse una “elección pura y libre” si aceptamos que las reflexiones sobre los costes, beneficios y efectos de algo están necesariamente vinculadas al concepto de elección, y si aceptamos que una elección exige más de una opción y que esta no vaya seguida de sanciones y castigos. Por lo tanto, es más probable que se considere una “decisión pasiva” cuando las personas se “limitan a dejarse llevar por la corriente” y no se plantean las consecuencias potenciales de sus actos, como si dichas consecuencias fueran ya bien conocidas.

No es necesariamente la maternidad lo que se percibe como natural, sino que lo es el “avanzar con el curso de la vida”. La idea de la trayectoria vital “normal” o “natural” se alimenta en parte del concepto cultural del determinismo biológico que conduce, naturalmente, a la maternidad. No obstante, también se basa en gran medida en la lógica cultural heteronormativa que suele condicionar nuestras decisiones y actos. Dicha lógica establece que existe un plan de vida singular de progreso fundamental, es decir, un recorrido natural y tangible en el mapa, con hitos por los que toda persona debe pasar en el transcurso del tiempo: desde la escuela hasta el trabajo, el matrimonio o la convivencia en pareja y la paternidad o maternidad. Este relato canónico de una evolución natural y normal detalla específicamente lo que es el curso de la vida “correcto” y las acciones necesarias para enfrentar cada una de las fases en el momento “apropiado” al ritmo “adecuado” a lo largo de la ruta “indicada”.

Se sigue manteniendo obstinadamente una división de tareas según el género que tiende a darse por sentado y que establece una correlación entre la biología de una mujer, que le permite dar a luz, y la maternidad. Dicho de otro modo, esta descripción de la “naturaleza femenina” –empleada para obligar a la mujer a ser madre- se utiliza asimismo para aprobar la idea de que las mujeres están dotadas de un instinto maternal y de una especie de caja de herramientas innata que induce a las mujeres más que a los hombres a criar a sus hijos, sean biológicos o adoptados, y a cuidar de ellos. En las sociedades occidentales actuales, el modelo accesible y arraigado en el imaginario público presenta el cuidado de los hijos como algo prácticamente exclusivo de la madre. Ese modelo imperante manifiesta que la maternidad debería centrarse por completo en los hijos, cuya crianza exige mucho tiempo y una gran

implicación a nivel emocional y cognitivo; por su parte, la madre se presenta como una figura abnegada por naturaleza, con una necesidad constante de mejora y una paciencia y entrega infinitas al cuidado de los demás de una manera que casi precisa de ella que olvide que tiene su propia personalidad y sus necesidades.

El exigente modelo actual espera del cuerpo de las mujeres –durante el embarazo, en el momento inmediatamente posterior al parto y años después- que responda a los mismos patrones heteronormativos que el mito de la belleza y la sexualidad impone a las mujeres en general. Su cuerpo no se libera, ni por un momento siquiera, del afán por la belleza y la conservación ni de la obligación de mostrar la clase de disponibilidad sexual que quizás se halle en las antípodas de sus propias experiencias como sujetos sexuales.

Aunque no hay una única emoción que los hijos inspiren en las madres –si bien los sentimientos de una madre pueden variar en el transcurso de un día y sin duda a lo largo de períodos más largos- se espera que todas las madres sientan sistemáticamente lo mismo si desean ser vistas como “buenas madres”. Se exige que la “buena madre” quiera a todos y cada uno de sus hijos sin objeción ni condición alguna, que represente la gracia de las vírgenes y que, si su camino no se ve cubierto de rosas, se disponga a gozar del sufrimiento que dicte su situación, siendo como son los tormentos algo necesario e inevitable en el transcurso de la vida de las madres.

La regulación emocional de las madres sintoniza con ciertas percepciones culturales sobre los mecanismos que rigen la memoria y el tiempo. Así, a las madres no solo se les dicta qué deberían sentir, sino qué deberían recordar y qué olvidar: asegurando que el porvenir traerá sin duda la dicha a las madres (si olvidan el presente del que se quejan). Las regulaciones emocionales no solo llegan desde fuera, por parte de la gente que, sentada en el balcón, lanza consejos en tono de reproche. La fuerza del aspecto afectivo del modelo de maternidad exigente reside en el hecho de que las propias madres lo tienen interiorizado. La profundidad de la interiorización puede observarse a través de testimonios que imitan “cómo deberían sentirse las madres” y “cómo deberían comportarse las madres desde el punto de vista afectivo”.

Para ser considerada “una buena madre” habría que representar “el dictado de cómo debería sentirse y actuar desde el punto de vista emocional una madre”, como si hubiera un patrón original que se espera –incluyéndose una misma- que toda madre imite. Resulta que ser madre y ejercer como tal no basta: la maternidad “correcta” ha de ser exhibida además de ejercerse. Cuando las madres no obran de acuerdo con los patrones morales prescritos –ya sea de forma voluntaria o involuntaria, bajo el peso de las circunstancias de su vida-, enseguida pueden verse tildadas, por otras o por ellas mismas, de madres malas y dañinas, proscritos con problemas morales y emocionales. Las madres podrían ser tachadas de “negligentes” cuando reanudan su trabajo remunerado “demasiado pronto” o “demasiado tarde” después del parto, o nunca, cuando no dan el pecho o lo dan “durante demasiado tiempo” o “demasiado en público”, cuando recurren a la enseñanza en el hogar para sus hijos en lugar de escolarizarlos o cuando se ven obligadas a hacer largas jornadas laborales fuera de casa, y por tanto son acusadas de abandono.

La maternidad sigue plasmándose en el imaginario colectivo como un lugar donde se brindan cuidados con cariño y ternura, exento de conflictos interpersonales.

El arrepentimiento es una postura emocional que podría verse acompañada de una agitación y un sufrimiento enormes. Para las mujeres que lamentan haber sido madres, puede ser insoportable pues no solo tienen que lidiar con su continua aflicción sino que carecen de prácticamente toda posibilidad de hablar con otras sobre lo que sienten, ya que se supone que el arrepentimiento debe estar muy alejado de la maternidad.

Al igual que otros sentimientos, el arrepentimiento es una postura emocional subjetiva que refleja los valores, las necesidades, decisiones y la historia personal de una persona, pero al mismo tiempo se forma por el entorno, sigue el marco de la sociedad y su expresión o inexpressión tiene una relevancia social. El arrepentimiento se puede valorar y reconocer cuando se adapta a las normas sociales dominantes. El arrepentimiento se convierte en el perro guardián de la hegemonía, un mecanismo de normalización destinado a devolvernos a cada uno de nosotros el regazo de la sociedad; arrepentirse de haber actuado de una manera distinta a la que espera la sociedad no solo merece el respeto de los demás, sino que además puede utilizarse para preservar ciertos valores de la sociedad. Esto se ve con claridad en el ámbito de la maternidad, en especial cuando está relacionado con un asunto controvertido como la interrupción del embarazo. La cuestión no es si las mujeres tienden a lamentar haber abortado por voluntad propia, pues algunas se arrepienten a posteriori y otras no. Cabría preguntarse más bien cómo se utiliza el arrepentimiento con respecto a la interrupción en una sociedad que fomenta y exige los nacimientos. Un uso que se le da es apuntar con él a la sien de las mujeres, es decir, servirse del arrepentimiento como arma pensada para amenazar, amedrentar, alinear y regular, asegurándoles que si abortan si duda lo lamentarán, pues deben estar intrínsecamente vinculadas a su embarazo dado su deseo innato de ser madres. Este pensamiento social deja poco margen para explicar con otros motivos porqué las mujeres pueden sentirse mortificadas tras abortar, aunque no se arrepientan de ello. Quizás lo que les ocurre es que han interiorizado de tal manera los códigos morales que desacreditan la interrupción del embarazo que temen infringirlos y ser vistas como alguien que ha pecado o cometido un delito. Además, no se tiene en cuenta que a menudo, a raíz del aborto, sobrevienen otros sentimientos angustiosos, ocasionados por una hipotética ruptura sentimental o por la desaprobación social unida al juicio y a la estigmatización, por mucho que las propias mujeres sientan que interrumpir su embarazo fue la decisión acertada por el alivio que les supuso.

A la luz de esta profecía catastrófica, el arrepentimiento futuro se representa como el peor escenario posible, peor que un nacimiento no deseado. El mensaje sistemático es: si tienes más de treinta años, se te acaba el tiempo para formar una familia. Puede que pienses que no te interesa, pero te equivocas, te entrará el deseo y será demasiado tarde: Te arrepentirás. Por lo tanto, una sociedad que retrata la no maternidad como algo peligroso e intrínsecamente lamentable, logra dotar de un marco que restrinja la vida de las mujeres aun cuando su experiencia subjetiva de la no maternidad pueda llegar a trascender en complejidad ese razonamiento. Mientras que este juego mental de amenazas y advertencias se emplea de forma sistemática hacia muchas mujeres, la otra cara de la moneda permanece en silencio; y las voces de aquellas que al mirar atrás se arrepienten de ser madres siguen sin oírse, lo que enseguida alimenta la suposición de que no se oyen porque en realidad no existen.

Dado que el arrepentimiento es una postura emocional controvertida en general y que el estatus de madre es sagrado en numerosas sociedades en particular, se considera impensable en la economía de normas afectivas de la maternidad. Dos circunstancias no normativas serían la excepción: lamentarse de no haber tenido hijos o bien de tener unos hijos que se han desviado de la línea legal o moral marcada, pero no de la experiencia subjetiva de la maternidad *per se*. Por lo tanto, el arrepentimiento solo es concebible debido a un resultado final – la ausencia de hijos o un hijo “con problemas” -, pero no como la experiencia emocional de una madre, un ser con derecho a tener sus propias emociones. El arrepentimiento fruto de la experiencia personal de la maternidad – *per se* – se percibe, por un lado, como inexistente e inconcebible y, por otro, en caso de no ser negado, se considera ilegítimo, digno de condena y, fundamentalmente, objeto de incredulidad.

Las afirmaciones de las distintas mujeres entrevistadas indican que su punto de vista personal sobre la maternidad difiere de lo que en teoría deberían pensar. Al arrepentirse ser madre imaginaban escenarios alternativos que rebaten la promesa de que, tarde o temprano, toda madre acaba aficionándose a la maternidad. En el caso de todas ellas no se ha cumplido la promesa social de que una madre reorientará su mundo emocional para alinearse y avanzar con la flecha del tiempo hacia el afecto, lo cual le proporcionará un ajuste cómodo a la experiencia maternal, sin desear anularla o dar marcha atrás. Las experiencias personales de madres de carne y hueso presentan como falso el mito de una evolución directa y garantizada hacia algo mejor, y por tanto su arrepentimiento socava las expectativas de la sociedad.

Una madre es una madre, siempre tiene que ser una madre y nunca puede escapar de su identidad como tal. Una fuente de esta creencia fundamental es la de Sigmund Freud, que se extendió más allá de las clínicas de terapia durante el transcurso del Siglo XX. Los estudios de Freud no sólo afirman que la madre no es una persona por sí sola, sino que además sostiene explícitamente que no tiene nada que hacer al respecto. En sus estudios siempre se presentaba a una madre como una función para un tercero, y su propia experiencia en la relación con sus hijos se omitía. Esa minusvaloración de las madres se simultaneaba además con el hecho de asignarles la función de la maternidad como papel esencial y central en el desarrollo humano emocional. Es decir, se las situaba en segundo plano, como un decorado, como algo que existe y no existe al mismo tiempo. Por consiguiente, hacer hincapié en la diferencia entre arrepentirse de la maternidad y arrepentirse de traer al mundo a los propios hijos no sólo atañe al arrepentimiento en sí: plasma la lucha fundamental de las mujeres por apartarse de su función determinada a fin de ser consideradas como sujetos individuales. Esta demanda no es exclusiva de las madres arrepentidas; durante muchas décadas escritores y eruditos han intentado allanar el camino para que las madres sean vistas como personas, capaces de dejarse llevar por sus emociones, analizar sentimientos e interpretar su significado, sin asimilarse a la vida de otros hasta el punto de perder la identidad propia. Se trata de un intento difícil en una realidad social en la que muchas madres viven el parto y el paso a la maternidad como una crisis fundamental y catalizadora de identidad, pues se les pide que se desdibujen.

A primera vista, la angustia y la ansiedad que acompañan al parto podrían interpretarse como síntomas de una depresión postparto o un trastorno similar. Actualmente existen dos tentativas o maneras de explicar la depresión postparto. La primera es una versión médico-psicológica centrada en aspectos hormonales y fisiológicos y en los desequilibrios que conducen a la tristeza o la depresión. Pinta el mundo emocional de las madres como un espacio individual y privado, y utiliza conceptos y frases psicoanalíticas según las cuales hay

experiencias traumáticas de la infancia, como la educación de una mujer por parte de una madre disfuncional, que podrían explicar también la depresión postparto, así como las expectativas poco realistas que tienen las mujeres acerca de la experiencia del parto y la maternidad. El segundo intento de explicación es un modelo feminista que identifica dichos sentimientos como reacciones lógicas a los cambios que implica la transición a la maternidad, ya sea en relación al parto, o en el contexto familiar y doméstico. Es decir, que tiene en cuenta no solamente los procedimientos médicos del parto, sino también los cuidados del bebé en casa. Eso significa, en ocasiones, que los sentimientos encontrados que siguen al parto no tienen porqué estar relacionados con el parto en sí, sino más bien con los apuros en las relaciones conyugales que lo rodean, o con tensiones preexistentes relacionadas con circunstancias familiares y/o lastres socioeconómicos. Pero mientras que la explicación estrictamente médica no tiene en cuenta que las dificultades en torno a la maternidad a veces pueden tener su origen en las expectativas poco realistas de la propia madre o impuestas por la sociedad, poner el foco directamente sobre la mujer de forma individualizada nos permite observar ciertos retos que experimentan también, por lo general, personas que pasan a ser progenitores, que están en transición a la paternidad o la maternidad.

Para algunas mujeres, la crisis no era necesariamente una crisis de desarrollo, de las que te hacen madurar a fuerza de horas, sino una crisis surgida de la incapacidad para reconocer que ser madre había sido un error, para reconocer que había sentimientos que no tenían cabido en el mundo ni palabras con las que expresarlos. Cuando no hay lugar para expresar el arrepentimiento hacia la maternidad, solo existe una interpretación para explicar las turbulentas emociones sobre la cuestión: que el problema radica en la propia mujer-madre, y por lo tanto, las madres que se arrepientan deberían someterse a terapia para solucionar su inquietud.

**Parece que la maternidad tiende a encarnar una muerte, la muerte del yo anterior y la creación de una identidad distinta que se separa de la previa como madre de nadie. (p.128)**

Muchas mujeres comparten esa experiencia profunda de perder la vida al dar vida, ya que se enfrentan a la pérdida de su corporeidad, de sus pasiones previas, a la pérdida de facetas de sus relaciones sentimentales o no sentimentales anteriores, a la eliminación de su precedencia en el mundo, a la disminución de la creatividad e incluso a la pérdida de palabras: "Cuando fui madre me vi por primera vez en mi vida sin idioma, sin una forma de traducir los sonidos que emitía en algo que los demás pudieran entender". Junto con la experiencia de la maternidad como una pérdida de múltiples facetas, como la causa de la disgregación de las partes del yo que son valiosas, la maternidad puede conducir asimismo a un renacimiento, si bien se trata de un renacimiento invasivo: con frecuencia ocurre que la maternidad despierta recuerdos dolorosos de la vida de una mujer que llevaban años enterrados, y no en vano. Así, en algunos casos, la maternidad puede revivir episodios tristes y por lo tanto perpetuar otra pérdida: la pérdida de la capacidad de olvidar. La maternidad no solo puede crear nuevos órdenes mundiales en la vida de una mujer, sino que también podría agudizar los órdenes primordiales y retrasar al mismo tiempo el contorno de los traumas obstinados, es decir, el efecto emocional oculto de órdenes sociales opresivos, invisibles, insidiosos. Como un fantasma merodeando por el cuerpo y la mente, y que representa una amenaza continua para el yo. En consecuencia, a muchas mujeres les resulta imposible arrancar del libro de su vida esas páginas de injusticias y dejarlas atrás, en el suelo de una habitación cerrada con llave. Como si el pasado no hubiera pasado.

Mientras que las madres estadounidenses del libro de Naomi Wolf, que acababan de tener a su primer hijo, sentían una muerte simbólica en el fondo de su dicha, para las mujeres que han participado de este estudio la destrucción es la esencia de la maternidad. Incluso tras haber tenido dos o tres hijos, e incluso años después, lamentaban no solo lo perdido sino también, en la mayoría de los casos, la ausencia de significado y finalidad de la pérdida. Para ellas esta pérdida carente de sentido constituye uno de los ejes principales de su arrepentimiento, por mucho amor que sientan.

No siempre ha sido exactamente así, pero en la era actual se espera que sean las madres las que quieran a sus hijos de cierta manera para ser consideradas criadoras respetables y seres humanos morales. Mientras que está claro que el amor de los padres (hombres) es bien acogido y apreciado, en general suele valorarse como una ventaja añadida a su característica primordial, la de sostén económico de la familia. Esta división emocional según el género suele presionar sobremanera a las madres. Dejando a un lado el amor en sí, se espera de las madres que lo expresen y recalquen, que externalicen cuánto quieren a sus hijos. No sólo porque vivan en una sociedad que exige oír eso, sino porque lamentar la maternidad se considera una violación flagrante de las normas afectivas maternas, y por lo tanto hay que asegurar a quienes las rodean que no todo está “dañado” en su mundo emocional.

Este cambio en la percepción social del amor maternal – surgido en paralelo a la nueva sensibilidad del amor romántico (que lo convirtió en un artefacto femenino) – condujo a una noción inédita del amor. De ser una experiencia desorganizada que no puede explicarse literalmente se pasó a una estructura, es decir, a una manera de organizar de manera sistemática las emociones. De este modo, la estructura del “amor maternal” no solo se vería moldeada por fuerzas sociales, políticas y económicas, sino que además serviría a dichas fuerzas para sustentarse y de paso enderezar a las mujeres. Así, según numerosos investigadores, el uso de la idea del amor maternal se ha convertido en una forma de opresión, ya que establece requisitos específicos que fraguan el mundo emocional de las madres y su relación con los hijos: las madres deben sentir un amor incondicional hacia sus hijos, un amor que no sea demasiado inclusivo, aunque sí lo bastante diferenciado, y demostrar dicho amor de un modo encomiable como parte de un despliegue de sentimientos que define la naturaleza de la “maternidad buena y moral”. Por el contrario, fracasar en la expresión de amor hacia los hijos puede servir como prueba de la inmoralidad de la madre, de su falta de femineidad, de sus deficiencias y sobre todo de su ineptitud, como si dicho amor fuera exclusivamente innato, nada más que un instinto biológico. El arrepentimiento se vincula a la falta de amor maternal, como si ambos fueran sentimientos parasitarios, que solamente pueden vivir a expensas uno de otro, sin ser posible de ninguna manera la coexistencia de arrepentimiento y amor de madre. O hay amor, y por tanto no hay arrepentimiento, o hay arrepentimiento y por tanto no hay amor. Podría ser el carácter sagrado de la maternidad lo que impide tener en cuenta que una madre puede amar y al mismo tiempo ser consciente de que dicho amor puede tener consecuencias inesperadas o incluso afectar por siempre su vida.

Las mujeres que no desean ser madres de nadie parecen sentir una responsabilidad doble: por una parte, han de procurar el bienestar de los hijos porque así lo dicta la expectativa personal y social (las madres deben atender a sus hijos) y, por otra parte, han de rendir cuentas con el hecho mismo que supone tener un hijo. En otras palabras: esta doble responsabilidad representa una discrepancia entre el deseo de no ser madre de nadie y la realidad de ser madre de alguien. Tal oposición lleva a la existencia dividida ya a la lucha de identidades. Al ser sujetos con intereses propios, muchas madres han visto relegada su vida a un segundo plano

en nombre de la obligación de atender a las necesidades de los demás, hasta el punto de soterrar sus necesidades y sentimientos si cabe. Y cuando han manifestado el arrepentimiento de ser madres, se han sentido más obligadas y empujadas al cuidado del prójimo, incluso cabría decir que precisamente por ello.

El sentimiento de obligación, responsabilidad y preocupación por los hijos no suele desaparecer, ni siquiera cuando esas tareas mecánicas pasan a mejor vida, ya que para muchas mujeres la condición de madres siempre está presente, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Parece que las mujeres, o un número indeterminado de ellas, no pueden dejar de tener en mente la maternidad ni por un momento, como si no tuviera límites temporales o una ubicación física. Así pues, tanto si crían a los hijos solas o en pareja como si los hijos residen con el padre, las madres no dejan de alimentarlos simbólicamente y cuidar de ellos en su consciencia, incluso años después de la primera infancia fisiológica. Esta experiencia de sentirse atadas es una de las muchas ramificaciones del modelo actual de maternidad exigente, según el cual la conciencia de las madres debe forjarse con la maternidad, sea cual sea el contexto en el que se dé la relación con sus hijos, pues de lo contrario serán consideradas “malas madres”. Sin embargo, esta vinculación alude a una percepción más extensa del yo de las mujeres en el tiempo y el contexto de los demás. En términos generales, las mujeres son las que se implican más en el tiempo dedicado al cuidado de terceros, el cual no se corresponde con las horas del reloj, pues normalmente no tiene principio ni fin. Además, se entretiene con otras actividades, como si fuera algo que las mujeres llevan consigo, como el objeto de una preocupación permanente que les exige atención, paciencia y receptividad. De este modo, son las necesidades de aquellos que reciben los cuidados, más que el reloj, las que dictan cuándo y cómo tienen que suceder los acontecimientos. Se trata de un tiempo que no puede ser cuantificado ni calculado, porque en muchos casos se da en paralelo a otras actividades.

En el seno de muchas parejas se disputa el acceso a respiros o tiempos muertos, pero suelen ser las madres las que no reciben más que migajas. En este sentido, la ausencia de los padres puede contribuir al establecimiento de la sensación de “lactancia infinita”, con una posibilidad muy limitada para la madre de marcharse o descansar, mientras que casi todos los hombres pueden escabullirse y así lo hacen.

Dado que las madres no pueden pasar a ser no madres ni poner fin a su relación con los hijos, contemplan otra forma de sobrellevar la situación, un panorama alternativo que se produce en el reino de la fantasía y la imaginación fruto de su deseo de que los hijos no existieran.

*Como se puede ver, me encanta la maternidad. Escribo para hacer una apasionada defensa de la maternidad. He gritado a mis hijos, he deseado verme lejos, muy lejos de ellos, he sentido ira, frustración, momentos de puro odio; todo lo que cualquier persona que sea honesta tendrá que reconocer que desempeña un papel importante en la maternidad. Pero me encanta. (...) Lo que diferencia a semejante fantasía, que podrían compartir incontables madres, de las que tienen las mujeres de este estudio es que al final se lee un “pero” en vez de un “sin peros”. Si bien las fantasías pasajeras pueden formar parte tranquilamente de una experiencia maternal apreciada, para otras madres forman parte intrínseca del arrepentimiento, pues lo que desean es librarse por completo de su identidad maternal y recuperar la imagen de una mujer que no es madre de nadie.*



En este contexto Sara Ruddick sostenía que las madres pueden cubrir toda la gama de sentimientos, desde el amor intenso al deseo intenso de deshacerse de un hijo, pero lo que cuenta son sus actos y estos actos son el resultado de su compromiso con la relación con sus hijos, un amor protector.

Si bien es posible que los hombres que se alejan de sus hijos se vean despreciados por la sociedad, no serán objeto de la violenta repulsa que podrían provocar las mujeres. El hecho de que los padres se aparten de sus hijos no preocupa mucho a la opinión pública y, de hecho, hay muchos más padres que madres que se van de casa tras una separación o divorcio. Cuando son las mujeres quienes residen fuera del hogar familiar, se ven señaladas y denunciadas y al mismo tiempo obligadas más de una vez a renunciar a su derecho de ser llamadas madres. Esta condena está basada en la percepción uniforme, mítica y ahistórica según la cual las mujeres tienen una capacidad innata para la crianza de la que los hombres carecen. Por consiguiente, mujeres, hombres, profesionales de la salud mental y agentes legales muy a menudo eximen a los padres de esta responsabilidad respondiendo con un silencio relativo a su marcha de casa, algo por lo que las madres son denunciadas a voz en grito.

A veces prestar atención a las necesidades de los hijos podría pasar muy bien por no vivir con ellos, pues están mejor con el padre que con la madre. Esta interpretación es sustancialmente distinta a la que hace la sociedad, la cual ha sido descrita por Diana Gustafson al referirse a una madre canadiense cuyos hijos se habían quedado con el padre: “irónicamente, al llevar a cabo lo que ella veía como el acto generoso de una buena madre, esta mujer incurrió en lo que los demás consideraban una conducta impropia de una madre”.

Para algunas la marcha de casa va acompañada de un sentimiento de culpa por no haber cumplido con los criterios que definen la “buena maternidad”. Las madres participantes en este estudio tienen en cuenta que sus hijos pueden sentirse dolidos por su partida incluso años después y siguen reflexionando sobre su decisión, incluso siendo esta un mal menor, ya que no pueden dar marcha atrás al reloj para no ser de nuevo madres de nadie. De este modo, aunque al separarse de sus hijos las madres arrepentidas transgredieron las limitaciones que establece el proceder maternal, la distancia que lograron poner entre sí y lo que de ellas se esperaba no bastó para desvincularlas totalmente de su condición de madre (algo en lo que habían confiado, en vista del arrepentimiento que sentían).

Según un estudio del Centro de Información e Investigación del Parlamento Israelí realizado en 2010 en todos los países de la OCDE, el número de hijos que las mujeres querían tener es superior al número de hijos que tienen en realidad, debido a la falta de capacidad económica o de sistemas de apoyo, entre otros motivos. Otra investigación sobre el tema señala que en ocasiones la discrepancia entre el número de hijos deseados y el número de hijos reales puede deberse a factores como la experiencia. Por ejemplo, un estudio realizado por Donna Read y otras investigadoras australianas revela que la experiencia de una mujer y su percepción de la maternidad desempeñan un papel sustancial a la hora de tomar decisiones relacionadas con el tamaño de una familia y la reproducción continuada; las madres australianas participantes en dicho estudio afirmaban que ser conscientes de lo que les depararía el futuro y de cómo se suponía que debían actuar como madres les servía de base para decidir cuántos hijos querían. Según las investigadoras, una vez que sabían lo que significaba ser madre, muchas madres solían querer menos hijos de lo que tenían pensado en un principio. La importancia de la experiencia queda bien ilustrada en Alemania, donde se observa una diferencia significativa

entre las mujeres que ya son madres y las mujeres que aun no lo son en cuanto al deseo de tener un hijo: tres cuartas partes de las mujeres con pareja que no son madres desean tener un hijo, porcentaje que disminuye a menos de una cuarta parte en el caso de las mujeres con pareja que ya tienen un hijo o más.

En las últimas décadas se han producido cambios en la forma de hablar sobre la maternidad y las emociones que esta produce. Si bien antes la figura de la “buena madre” se erigía como el bastión que impedía a las mujeres admitir sus limitaciones en la crianza de sus hijos y llevaba a muchas a ocultar sus sentimientos, en los últimos tiempos las murallas de la mitificación se desmoronan paulatinamente. Un mayor número de madres hacen valer su derecho a expresar decepción, hostilidad, frustración, aburrimiento y ambivalencia pese a que de ellas se espera armonía y serenidad. Estos cambios son el fruto, entre otros factores, de transformaciones más importantes que caracterizan la época actual: cada vez más grupos sociales piden tener voz como actores culturales, una voz con la que negocian su situación y sus derechos, una voz que les permite activar nuevos procesos. Hoy en día es lícito intentar modular los límites de lo expresable o no expresable. Incluso expresar sentimientos en torno a la maternidad que denoten cierta complejidad, más allá de la pura alegría y la satisfacción, se ve como algo inherente a la experiencia de la maternidad, a sus circunstancias por naturaleza conflictivas. Sin embargo, las voces de las madres que se sienten insatisfechas, desorientadas o desilusionadas sufren todavía censura y condena.

Es difícil retirar las capas superficiales de lo establecido, arrancar a la maternidad su velo romántico cuando va acompañada de una ideología política y social.

Incluso en caso de que no exista el miedo a generar en los hijos un sentimiento de culpa por su carácter o comportamiento, sí se teme a veces que de un modo u otro los hijos puedan llegar a vagar por el mundo sintiéndose los causantes del sufrimiento y dolor de sus madres por haber nacido, que lleguen a pensar que les han estropeado la vida. Es una percepción compleja que a menudo con duce a otro miedo, el de destruir el propio vínculo con los hijos, tomados estos como seres humanos. Es un vínculo que para la madre puede resultar muy valioso, a diferencia de la noción de maternidad, que puede tener poco o nulo valor para ella.

Mientras que muchas madres pueden optar por guardar silencio (sobre el arrepentimiento de la maternidad) como un acto de protección que afecte a múltiples facetas, tanto el hecho de que callen como la incapacidad para contar su historia puede salirles caro. *Un alto coste en su relación consigo mismas, en primer lugar.* A fin de permanecer en el angosto camino que define la “buena maternidad”, las madres que entrevisté decían que siempre se vieron en la tesitura de crear relatos tangenciales sobre sus vivencias, de filtrar algunos elementos de sus propias vidas. Las expectativas las empujaban a elaborar versiones parciales, que sólo incluían lo que estaba aceptado narrar, con objeto de ser consideradas mujeres y madres moralmente íntegras. Se les pedía que expresaran solo aquellos aspectos que despertasen empatía y reconocimiento, aquellas partes que se “permite” conservar, pero que cribasen, aislaran y desecharan las que no encajasen en el sistema hegemónico. El deseo de salvaguardar a los hijos de los relatos y sentimientos de las madres por medio del silencio no es infrecuente. La literatura, tanto la popular como la académica, refleja numerosas situaciones en las que las madres no pueden narrar su historia desde propio punto de vista, tanto por falta de palabras como por la dificultad de imaginar cómo podría esta no vulnerar algo que aprecian. Incluso bajo circunstancias vitales que apenas les dan tregua, lo que quieren es proteger el bienestar

de sus hijos y a mantener a flote su vínculo con ellos. Ante este panorama, cuesta encontrar a una madre sin una historia que vulnere de una u otra forma la manera en que ella y su comunidad definen cómo debe pensar sentir y actuar la “buena madre”. Cuando esto sucede, consciente o inconscientemente, muchas mujeres se sienten presas, atrapadas entre un autorretrato que se corresponde con su experiencia y otro que es aceptable. *En su relación con los hijos siguen pagándolo caro.* Cuando las madres no comparten sus experiencias con los hijos por considerarse inaceptable, se priva a estos de conocer aspectos fundamentales de sus madres, elementos de los que podrían aprender. Proteger a los hijos retractilando la historia de forma que cuadre con las expectativas de la sociedad puede significar que los niños no puedan llegar a conocer a sus madres como personas que examinan, piensan, evalúan anhelan, desean, sueñan, recuerdan, lamentan, imaginan, valoran y deciden. De esta forma, las madres pueden verse ante los ojos de la sociedad, de las familias y ante sus propios ojos, como personas sin rostro o con un rostro oculto. *En su relación con la sociedad también pueden pagarlo caro.* Si las madres tienden a no contar su historia sin que esta pase por un filtro social, ninguno de nosotros conocerá jamás historias más completas sobre las maternidades.

Cuando una forma de pensar alternativa entra a formar parte de la vida humana, no habla solo de la alternativa misma sino de las otras formas de pensar habituales, de conceptos que se dan por supuestos y en los que nos apoyamos a menudo sin ser siquiera conscientes de ello. La maternidad arrepentida nos sirve para tratar esta cuestión, puesto que no solo vincula lo hecho con sus consecuencias (a nivel personal, en el caso de las madres que lamentan haberlo sido), sino que también indica algo que está en el nivel de lo general, nos enseña que contemplar el pasado con los ojos abiertos es fundamental para analizar percepciones y acuerdos sociales. Nos permite reconocer que la mirada retrospectiva es esencial si se tiene en cuenta que la exigencia de no mirar atrás puede servir como instrumento de control social. No tener una visión general que nos ubique en relación con nuestra historia y vida actual nos impondrá la prohibición de imaginar cualquier cambio y luchar por él. Así, el arrepentimiento hace las veces de un ferry cuyo destino es “no ser madre de nadie” y cuyo recorrido son las distintas visiones de la maternidad, de forma que permite a todas las mujeres y madres subir a bordo o desembarcar. Puesto que las participantes en este estudio, después de haber hablado sobre las dificultades que les acarrea la maternidad, lo concluyen abrazando “sin peros” el arrepentimiento, lo que hacen es abrir una puerta, señalar que hay dos cuestiones por replantear de las muchas que no suelen tenerse en cuenta: ¿el hecho de valorar la maternidad como algo satisfactorio o que merece la pena depende solo de las circunstancias? ¿y qué ocurrirá si consideramos la maternidad como una relación humana más y no como un papel que desempeñar?

Los distintos estudios no solo documentan el bienestar de las madres sino que también abogan por que se introduzcan modificaciones urgentes y necesarias orientadas a aliviar algunas de sus dificultades, como la necesidad de una división distinta del trabajo en lo relativo al cuidado de los hijos y a la socialización de los padres para que la paternidad no quede confinada a la estructura dual madre-hijo, la importancia de los beneficios fiscales, el hecho de disponer de una vivienda y la necesidad de apoyo institucional para que puedan contar con cuidados subvencionados durante el día. También han señalado la necesidad de modificar la percepción social de la maternidad para que, por un lado, no siga marginándose y, por otro, se desvanezca su esplendor místico de forma que las madres sean tratadas como seres humanos y no solo como objetos o como diosas sobre la faz de la tierra, conceptos que les impiden lograr lo que necesitan para su progreso y el de sus hijos.

Se espera que sean madres a tiempo completo y mujeres profesionales a la vez, que se ocupen de la familia y que cosechen éxitos en el terreno laboral. Madres de distintos grupos sociales necesitan o desean trabajar fuera de sus hogares pero, al mismo tiempo, deben navegar entre los conceptos dominantes de “mujer superprofesional” y “supermamá” mientras hacen malabarismos con los horarios y carambolean entre sus empleos remunerados, el trabajo sin remunerar que hacen en el hogar y la batalla emocional que libran para gestionar las dificultades que todo ello acarrea.

Varias de las madres participantes en mi estudio hablaban de las condiciones que hacen más dura la maternidad, pero no las señalaban como causantes de su arrepentimiento. Todas ellas definían las condiciones que han sido y siguen siendo un obstáculo, las cuales pueden resumirse, en conjunto, en tres condiciones fundamentales: la lucha entre la maternidad y el trabajo remunerado fuera del hogar, la falta de una base económica y la falta de sistemas de apoyo por parte del cónyuge o el entorno.

Muchas veces no se concibe la idea de que la maternidad en sí, per se, pueda resultar intolerable a las mujeres, ya que supuestamente es su razón de ser. Esta creencia implica que una de las reacciones más frecuentes sea atribuir el arrepentimiento a la lucha entre la maternidad y el trabajo remunerado. Este supuesto tiene un contexto más amplio en el debate social, dado que la maternidad y el trabajo remunerado fuera del hogar son las dos únicas opciones por las que pueden optar las mujeres en el imaginario colectivo: o quiere ser madre o quiere realizarse profesionalmente. Sin embargo, tal vez la realidad difiera. En mi estudio anterior sobre mujeres que no deseaban ser madres escuché a mujeres que decían que “hacer carrera” les quedaba tan lejos como la maternidad. Muchas de ellas, que eran niñas y adolescentes, sabían que no deseaban parir ni criar hijos; por tanto, la idea de que una mujer no desee ser madre no viene determinada ni está vinculada a la lucha ampliamente debatida sino que precede a este tipo de consideraciones. El hecho de considerar la maternidad y la vida profesional como las dos únicas opciones existentes, dando por sentado al mismo tiempo que no existe ninguna otra razón para no querer ser madre de nadie, anula la diversidad de identidades de las mujeres, unas identidades que van mucho más allá de “ser la fémina perfecta” o “desear ser como un hombre”. Suponer que una mujer o bien desea parir y criar hijos o bien desea competir en la “esfera pública” oprime otros deseos reales de un número indeterminado de mujeres que no desean ni una cosa ni la otra. Pero no solo eso. También extingue el deseo de madres que quieren y pueden quedarse en casa criando a sus hijos sin que se las considere “mujeres que han renunciado a sí mismas”, como si la única forma de considerar que se tiene una vida significativa fuera demostrando “logros reales”. La combinación de patriarcado (que incita a la maternidad) y capitalismo (que incita a “progresar” constantemente en el espíritu del “mercado libre”) crea nuevamente un binomio que no deja espacio para que las mujeres sean consideradas por los demás (también por sí mismas) como seres humanos capaces de determinar con autonomía cuál es el sentido de su vida (sin relacionarla necesariamente con la maternidad o con una carrera profesional) o incluso de dictaminar que el sentido de la vida es que no lo hay en absoluto.

Concebir la maternidad como relación puede permitirnos entenderla como la conjunción entre dos individuos específicos que mantienen una relación dinámica, que cambia con frecuencia. Dicha concepción nos permite dejar a un lado los enfoques mecanicistas según los cuales se espera que todas las madres sientan lo mismo en su relación con sus hijos. Por tanto, podemos referirnos a la maternidad como parte de un espectro de experiencias humanas más que como

un vínculo unilateral en el que las madres sean responsables de sus hijos e influyan en su vida sin que su maternidad les afecte. Visto de este modo, seríamos capaces de examinar el espectro de emociones que implica la maternidad: desde el amor profundo hasta la profunda ambivalencia. Y, sí, también el arrepentimiento.

He comprobado cómo la sociedad influye en las normas afectivas y las normas de la memoria: si bien ya se sabía que eran armas blandidas por la cultura, las ha terminado por convertir en uno de los principales mecanismos sociales para empujar a las mujeres a la maternidad, mientras les hace prometer que nunca mirarán atrás con ira. Ni con arrepentimiento.

Fragmentos del libro *Madres Arrepentidas* de Orna Donath.

Selección por Natalia Liguori.